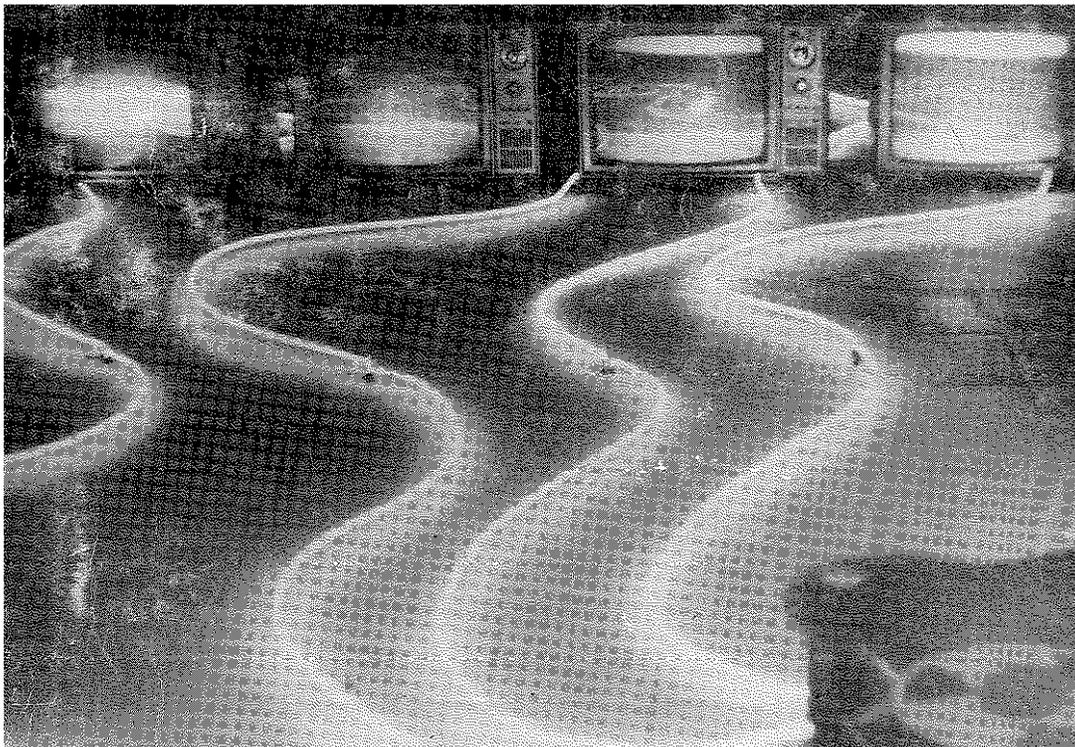


LOS INTELECTUALES Y LAS INSTITUCIONES DE LA CULTURA

josé joaquín brunner
angel flisfish



Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

CAPITULO VI

Los intelectuales en el campo cultural: los aparatos formativos y de comunicación

El campo cultural de la sociedad es un complejo de prácticas, instituciones y organizaciones, donde los intelectuales se insertan como sujetos, configurando a través de sus actividades ese campo y, a la vez, desplegando actividades que ese mismo campo en gran medida determina. Hay así una constante interacción entre sujetos y campo cultural, una determinación recíproca en perpetuo movimiento entre unos sujetos que son los intelectuales y un conjunto de condiciones que son los presupuestos de sus actividades.

El examen de la literatura sociológica pertinente, llevada a cabo en los capítulos anteriores, permite enunciar la siguiente proposición general: los intelectuales se sitúan como sujetos en el campo cultural en cuanto portadores de determinadas posiciones y ejecutantes de ciertas funciones, en contextos que entrelazan estrechamente situaciones de poder y situaciones de mercado.

Vistas las cosas desde el lado activo de la relación, es decir, desde el punto de vista de ese **sujeto** que es el intelectual, el campo cultural aparece como un conjunto de condiciones que el intelectual enfrenta o utiliza, con grados de libertad variables.

En términos de nuestros objetivos en este libro, el conjunto de condiciones que el intelectual enfrenta e instrumentaliza pueden analizarse según una triple distinción.

Primero, la actividad intelectual consiste de procesos de **formación y expresión**. En estos procesos, hay un condicionamiento por determinados aparatos, que son específicos respecto de cada tipo de proceso. En otras palabras, los intelectuales actúan en el campo cultural de la sociedad condicionados por **aparatos formativos** y por **aparatos de comunicación**.

Segundo, una vez que el intelectual ha consolidado su capital cultural, el campo cultural se le presenta como un dominio articulado de posiciones que le plantea un doble

problema: cómo acceder a posiciones que le permitan desempeñar su actividad, y cómo realizar su capital cultural a través de productos, materiales y simbólicos. Estos problemas exigen del intelectual comportamientos estratégicos, y ellos definen un segundo punto de vista: el de las **estrategias** elaboradas por los intelectuales para valorizar y realizar su capital cultural.

Finalmente, no debe olvidarse que la valorización y realización del capital cultural se relaciona estrechamente con la búsqueda de influencia (poder), tal como lo destaca la tradición gramsciana. Hay aquí un tercer orden de cuestiones: las que se relacionan con las condiciones que le permiten al intelectual convertir su saber en influencia. Es decir, cuáles son las modalidades que adopta en la práctica específica del intelectual la conversión del saber en influencia.

Comenzaremos con el examen de los aparatos a través de los cuales los intelectuales se forman y se expresan.

a) Aparatos formativos

El proceso de formación de los distintos tipos de intelectuales es un complejo entrenamiento en el empleo de un capital cultural recibido por vía familiar y acreditado por vía educacional.

Que el origen social de los intelectuales sea por lo general mesocrático (“pequeño burgués”) o que el intelectual descienda de familias pertenecientes a la clase alta (burguesía)¹ tiene que ver, sobre todo, con la condición inicial necesaria del ser intelectual: la herencia familiar de un capital cultural. La apropiación inicial de la cultura —entendida como apropiación de unos códigos lingüísticos elaborados, de ciertos esquemas de percepción, de pensamiento, de apreciación y de acción²—, es decir, la adquisición de una familiaridad con la cultura, es una condición que favorece, en ciertos grupos y clases sociales, la emergencia de intelectuales de su seno.

Luego, la familia como “aparato” capaz de transmitir un capital cultural juega un rol central en la formación de los intelectuales.

La escuela y, posteriormente, la universidad, confieren al capital cultural un valor de mercado al establecer “tasas de convertibilidad entre el capital cultural y el capital económico,

garantizado el valor, en dinero, de un capital escolar determinado³.

Pero el sistema educacional puede, además, sustituir la carencia de un capital cultural inicial y, en ciertas condiciones especiales, convertirá el capital escolar transmitido en condición para la emergencia de un intelectual desprovisto de "herencia familiar".

Por uno u otro concepto el aparato escolar es decisivo para la formación de los diversos tipos de intelectuales.

Sobre todo en la sociedad moderna, el efecto de escolarización deviene más y más importante para los intelectuales. En efecto, no sólo depende de él la adquisición del capital escolar, sino que la propia posibilidad de desempeñar roles intelectuales en la sociedad está sujeta crecientemente a la acreditación del capital escolar acumulado. Esto es efectivo para el desempeño del rol del académico, pero también para ejercer las profesiones, ciertas funciones técnicas y, progresivamente, muchas funciones directivas.

En breve, la figura del intelectual moderno está estrechamente vinculada, en cuanto a sus posibilidades de existencia, a los aparatos que garantizan su **formación**: la familia y el sistema educacional. En el caso de este último, la universidad juega crecientemente un papel estratégico puesto que certifica el capital escolar requerido como condición de entrada a una proporción creciente de las posiciones intelectuales en la sociedad.

Las notas precedentes se refieren, pues, a los aparatos **formativos** del capital cultural y escolar requerido para actuar y ser reconocido como intelectual en la sociedad.

Mas el énfasis ha estado puesto, hasta aquí, en la carrera **formativa individual** de los intelectuales. La otra cara de este proceso consiste en la **reproducción social** de las condiciones formativas de los intelectuales. Gramsci se refiere a esto cuando constata que ciertos grupos y no otros "producen" ciertos tipos de intelectuales⁴.

Así, las familias componentes de una determinada clase o grupo social transmitirán a sus hijos el capital cultural característico de esa clase o grupo y, más decisivamente, buscarán valorizarlo escolarmente en "los herederos". Al efecto usarán estratégicamente las oportunidades educacionales accesibles y buscarán modificarlas en su favor cada vez que las condiciones

de distribución del capital escolar se vean alteradas en su perjuicio. Por ejemplo, cada vez que la enseñanza se masifique o que las certificaciones escolares pierdan su carácter de valor escaso, esos grupos tenderán a reaccionar creando nuevas modalidades selectivas de educación, nuevos filtros educacionales, y aumentando la rareza de ciertos títulos o monopolizando otros en beneficio de los herederos. Sobre todo esto hay ya una extensa literatura⁵.

En definitiva, distintos grupos sociales tenderán a monopolizar en su favor las condiciones educacionales que permiten mantener un control sobre la formación de los grupos intelectuales.

En tanto que el aparato escolar moderno es una prolongación en la sociedad del Estado y aquél no puede existir sin éste, es a través del Estado que se intentará generar condiciones que aseguren la reproducción social de los intelectuales. Pero, en la misma medida que el Estado se ve forzado a representar un interés universal, esto es, un complejo de intereses sociales relativamente diferenciados, la cuestión decisiva de la reproducción de los grupos intelectuales se transforma también en un hecho privado. Se sustrae, al menos en parte, de la esfera público-estatal. Deviene un proceso "local" dentro de la sociedad civil. Se explica así, por ejemplo, el surgimiento de un poderoso sector privado en la enseñanza, especialmente de nivel superior. Así, si en los orígenes de la educación moderna de masas la cuestión decisiva fue la del disciplinamiento de la población (que en eso consistía su efecto civilizatorio)⁶, hoy la educación masiva ha puesto al centro el problema de la reproducción social de las élites, y también de los intelectuales. El antagonismo barbaric/civilización no llega a amenazar el monopolio que ciertos grupos detentan sobre las condiciones que les permiten formar, separadamente, a sus élites. En cambio, la tensión del sistema educativo contemporáneo, especialmente bajo ciertas condiciones típicas, llega a ser la de masificación/selección, que amenaza directamente ese monopolio sobre las condiciones de reproducción de los procesos selectivos en la sociedad. La masificación, por de pronto, mesocratiza las sociedades, pero además, desvaloriza a las élites⁷. El hermetismo de la alta cultura se deteriora progresivamente; las categorías de intelectuales se expanden a un ritmo acelerado y los aparatos

formativos tradicionales de las clases y grupos dirigentes. Se transmiten rápidamente.

Con todo, los estudios disponibles permiten afirmar que en sociedades como la nuestra, y a pesar de los procesos de masificación educacional, la transmisión inicial del capital cultural por vía de la familia juega todavía un rol estratégico en la reproducción social de las condiciones que favorecen la emergencia de intelectuales en la sociedad. Incluso, en los últimos años, esa situación tiende a consolidarse en Chile debido a los procesos que están volviendo más selectiva la universidad⁸.

En estas condiciones interesa particularmente preguntarse por los modos cómo los grupos sociales subalternos generan sus propios grupos intelectuales.

Una posibilidad, como se afirmó antes, es **sustituir** la carencia de capital cultural inicial por la adquisición de un capital escolar que permita competir por las funciones intelectuales en la sociedad. En la práctica, esa posibilidad existirá y tendrá una mayor o menor vigencia dependiendo del acceso universal a la educación, de la capacidad de ésta de discriminar en contra de los que no poseen un capital cultural inicial⁹ y, sobre todo, de las oportunidades disponibles para que los hijos de las familias pertenecientes a esos grupos logren ingresar a la universidad.

Pero es posible imaginar también que las clases y grupos subalternos logren atraer hacia sí a intelectuales o aprendices de intelectuales (por ejemplo, estudiantes universitarios) provenientes de otras clases y grupos. En este sentido, el partido (tanto en su concepción leninista como en otras concepciones posibles de partido popular) desempeñaría un rol central como aparato formativo de **intelectuales sustraídos** a la clase dominante o a los grupos poseedores del capital cultural. Otra institución clave en este sentido puede ser, bajo ciertas condiciones, la Iglesia.

Por último, cabe una tercera posibilidad. Puede sostenerse, en efecto, que las clases y grupos subalternos dan origen a un tipo de intelectual que, careciendo de capital cultural y de capital escolar, o teniendo un capital escolar reducido, sin embargo accede al desempeño de funciones intelectuales **sui generis**, como las de dirigente de organizaciones de masas, trátase de organizaciones sindicales o de otro tipo. Estrictamente, sin embargo, no se trataría de funciones intelectuales por cuanto no se desempeñarían ni producen efectos dentro

del campo cultural: no procuran la valorización de bienes en el mercado simbólico, transformando allí un saber en influencia. Este es un argumento. El contrario va a sostener que, miradas las cosas desde la óptica de la constitución de una **cultura popular**, el saber organizativo de un dirigente sindical escapa por completo al mercado simbólico establecido, pero valoriza otro tipo de bienes simbólicos (por ejemplo, la identidad cultural obrera) que se mueven todavía en la esfera de una acumulación primitiva del capital cultural de una clase. Procesos históricos como el de la constitución de la clase obrera inglesa, por ejemplo, avalarían este argumento. En contra, otra vez, podría sostenerse que la cuestión reside precisamente en que no existe nada que se parezca a un capital cultural proletario, siendo todo capital cultural definido como una relación social que en el campo cultural permite a unos individuos y grupos y no a los demás la apropiación de la herencia cultural¹⁰. Sólo el aparato escolar tendría la posibilidad —por medio de los procesos de inculcación y aprendizaje que posibilita— de transmitir esa herencia y de permitir su apropiación en ausencia de su conformación familiar. En otras palabras, el capital cultural es por definición dependiente de una cierta estructura de dominación y solamente puede ser incorporado por vía familiar, sustituido (y siempre complejamente, de maneras desiguales) por el capital escolar y apropiado (a condición de que existan las condiciones de su apropiación específica) como capital cultural objetivado¹¹. Puede pensarse que cuando Lenin hablaba de la necesidad que la clase obrera triunfante en Rusia se apropiase de la herencia cultural de la humanidad, apuntaba justamente a este problema: al problema, pues, que sólo la cultura históricamente desarrollada, la más avanzada, puede dar lugar a procesos de acumulación de capital cultural y escolar siempre renovados en cada individuo que se encuentra situado en la posición de hacer esa acumulación/apropiación. El hecho que esas posiciones posibilitantes de una acumulación/apropiación no son, tampoco en los socialismos reales, las posiciones detentadas por los obreros, parece claro desde el momento que es la burocracia intelectual del Estado y el Partido la que logra monopolizar a su favor las condiciones de reproducción del capital cultural¹², dando al traste con las expectativas de una nueva cultura proletaria. De este modo, si los obreros y campesinos llegan a “producir” intelectuales en las sociedades de socialismo real, ello es

exclusivamente por la vía de adquirir esos grupos un acceso más abierto al sistema escolar y universitario¹³. O sea, por la vía del proceso sustitutivo del capital cultural. Que, en segunda generación, esos intelectuales puedan transmitir por vía familiar un capital cultural acumulado primitivamente por vía escolar sólo confirmaría que, obrero o no, la lógica de reproducción del campo cultural y de sus funciones goza de autonomía respecto de las relaciones de producción. Por último, que ese capital escolar adquirido (por obreros o no) pueda ser convertido en capital económico, a través de su valorización en una estructura de oportunidades escasas centralmente planificadas y distribuidas, permite pensar que, también en las sociedades de socialismo real, es posible y necesario hablar de una reproducción social del capital cultural, así como de grupos intelectuales que allí también se hallan condicionados por aparatos (de formación y de expresión); por las estrategias que esos grupos emplean frente a esa estructura de oportunidades escasas centralmente planificadas, y por las influencias que logran ejercer a partir de la conversión de su saber en poder.

b) Aparatos de comunicación

Los aparatos específicos y típicos del campo cultural son aparatos de comunicación. Es en y a través de ellos que los intelectuales desempeñan sus funciones. Al punto que su función ha podido caracterizarse como la de comunicar sus opiniones públicamente. Incluso la clásica definición del intelectual como creador de cultura reposa, en última instancia, en su función comunicativa.

Si la práctica específica de los intelectuales es una práctica comunicativa, los aparatos que organizan esas prácticas se tornan centrales para el ejercicio de las funciones intelectuales.

De hecho, varios estudios recientes sobre los grupos intelectuales en diversas sociedades tratan inseparablemente a los intelectuales y a los aparatos por medio de los cuales ellos organizan su producción y afirman su identidad colectiva.

Debray, por ejemplo, analiza la *intelligentsia* francesa del último siglo a partir de su cambiante inserción en aparatos comunicativos que se tornan sucesivamente hegemónicos dentro del campo cultural¹⁴. Así, estudia cambiantes modos

de producción intelectual que tienen su base en la universidad, luego en el complejo editorial y, por fin, en la televisión. Con ello cambian también las ocupaciones principales de los intelectuales, se transforman los modos de competir por status y prestigio y, en cada caso, se altera la relación comunicativa predominante del intelectual con la sociedad. Así, el académico, que tiene su posición más firme en la universidad, se relaciona con un público principal, formado por sus pares en la academia y por los estudiantes en la sala de clases. Su influencia es de corto alcance y altamente especializada; su status depende de la competencia por influencias institucionales y su prestigio está conferido, antes que nada, por el reconocimiento de sus méritos en una comunidad de académicos. Es evidente que para cada campo académico específico (las ciencias naturales, las ciencias sociales, las profesiones, etc.) existirá un modo específico de obtener influencias, status y prestigio¹⁵. En el caso del intelectual que predomina en la época de la hegemonía de la televisión, en cambio, su relación principal es con un público masivo, siendo su influencia de largo alcance y escasamente especializada. Su status depende, en este caso, de la exposición a través de los medios y su prestigio está sujeto al reconocimiento por una diversidad de audiencias.

En contraste con la situación francesa, en el caso de Gran Bretaña se ha sugerido que las universidades tradicionales (el sistema Oxbridge) habría logrado mantener su función hegemónica, actuando como la autoridad que certifica (licensing authority) a las demás instituciones culturales, reconociendo y regulando sus pretensiones de influencia y prestigio¹⁶. Resultaría de allí un gran peso e influencia de los elementos conservadores en la constitución del campo cultural británico.

De hecho, no resulta difícil apreciar como un fenómeno relativamente universal, cual es el tipo de relación que se establece entre el capital cultural y el capital escolar, y entre ambos y su conversión en capital económico, resulta marcadamente distinto en las universidades y en los modernos medios masivos de comunicación, en particular, en la televisión. La televisión, por lo menos en países con una tardía conformación de la cultura de masas, tiende a ser una especie de frontera cultural, hasta donde llegan aventureros y hombres rudos en busca de fama y fortuna, a diferencia de la universidad en la que, aun en medio de fuertes procesos de masificación, se mantiene un alto grado de selectividad

y operan eficaces estrategias de exclusión respecto de aquéllos que carecen del necesario capital cultural o de los atributos de una carrera meritocrática. Por lo demás, es claramente discernible que la posición de la universidad frente a la cultura de masas es estructuralmente excéntrica, en tanto que la televisión es un instrumento esencial de ella: de su conformación y reproducción ampliada.

En contra de la tesis de las fases hegemónicas sucesivas sustentada por Debray, cabría sostener que, en las más variadas condiciones, aquellos aparatos que son esenciales para la formación de los intelectuales y para su comunicación en medio de la sociedad tenderán a ser constantemente hegemónicos. Tal sería el caso de la universidad y, en grado menor, el del sistema educacional de un país. Es obvio que el valor de rareza de las posiciones académicas, por ejemplo, tiende a perderse una vez que la función académica se profesionaliza y expande bajo el efecto de la masificación de la enseñanza superior. En Estados Unidos, el número de profesores se incrementa en más de 10 veces en medio siglo, pasando de un total de 48 mil a 603 mil, entre los años 1920 y 1972. Fenómenos semejantes se observan en Europa y América Latina. En Francia, los profesores universitarios aumentan entre 1930 y 1980 de menos de 12 mil a 43 mil, comprendidos los profesores asistentes. En Brasil, sólo entre 1962 y 1979, los profesores pasan de 25 mil a más de 100 mil.

La escasez de posiciones está asociada con el prestigio de quienes las detentan. La ley del hermetismo, se sostiene, es así constitutiva de la influencia de las élites en el campo cultural. Sin embargo, lo que las posiciones académicas pierden en rareza lo ganan, en el otro extremo, por su radio de influencia en la conformación de los modernos grupos sociales portadores de las certificaciones académicas superiores. Así, en los colleges y universidades norteamericanas, el número de estudiantes pasa, entre 1920 y 1972, de 598 mil a 8.116 miles; en Francia, los estudiantes de letras solamente aumentan de menos de 10 mil en 1920 a más de 191 mil en 1976; en Brasil, entre 1962 y 1979, los estudiantes universitarios pasan de 107 mil a 1.311 miles. Luego, si la abundancia desvaloriza las posiciones, por otro lado las refuerza por la extensión de su cobertura. Pero no es sólo eso. Como se indicaba anteriormente, los propios intelectuales tienen a su disposición, y de hecho emplean, estrate-

gias encaminadas a preservar, desplazándolo, el valor de rareza de sus posiciones. Así, la carrera académica moderna experimenta con el paso del tiempo una creciente estratificación, a la par que sólo algunos profesores tienen acceso a los fondos de investigación, a los contactos internacionales y a los cursos de postgrado. Al volverse, pues, más complejo el mercado académico, tanto por la estructura de acceso a las posiciones como por la estructura de los bienes ofrecidos, tiende normalmente a producirse una nueva distribución de oportunidades escasas que mantiene los valores de rareza y la jerarquía de cierres y aperturas posibles a lo largo de escalas de prestigio cambiantes.

En cualquier caso, parece claro que la figura del intelectual moderno es inseparable de los aparatos de comunicación cultural a través de los cuales ejerce sus funciones. El carácter y el funcionamiento de los aparatos comunicativos es por eso mismo un rasgo distintivo del campo cultural y, en general, su relación con el Estado (o el modo de su integración a él) pasará cada vez más a tener un peso decisivo en la conformación de ese campo.

La noción althusseriana de los aparatos ideológicos de Estado, donde se incluye la familia, la escuela, los sindicatos, las iglesias, la prensa, etc., ha contribuido no poco a extender una apreciación simplificada de la naturaleza social de esos aparatos comunicativos. El rótulo de aparatos "de Estado" ha llevado demasiado rápidamente a la conclusión de que se trata de órganos estatales, al igual que la policía, los tribunales de justicia o el gobierno, sólo que con un modo diferente de operación: a través de ideologías.

Lo que se pone en juego con esa noción es nada menos que la autonomía del campo cultural, el cual pasa a estructurarse esta vez "desde arriba", determinado por la política. La metáfora de la infraestructura/superestructura, tributaria del viejo economicismo determinista se sustituye así por la metáfora del Estado/ideología, tributaria de un nuevo determinismo politicista.

En el hecho, sin embargo, el campo cultural posee su propia infraestructura, que está conformada por la división del trabajo intelectual y por los aparatos comunicativos; por eso su relación con la esfera económica y con la política debe ser pensada desde el interior mismo de ese campo.

Tómese un ejemplo cualquiera. ¿En qué medida podría afirmarse que la universidad, para citar sólo este caso, está deter-

minada en última instancia por las relaciones de producción? ¿Es siquiera ésta una pregunta que tenga sentido hacerse? En cuanto aparato de trasmisión cultural y de certificación educativa del más alto nivel, la universidad cumple efectivamente un papel decisivo en la reproducción de la cultura de la clase dominante, distribuyendo selectivamente las oportunidades de valorizar el capital cultural y el capital escolar y de obtener las certificaciones respectivas. Pero la universidad cumple esa función independientemente de determinaciones económicas de "última instancia", al interior de un campo cultural que la condiciona (pero conflictivamente) por completo. Lo mismo cabe decir del determinismo político que se supone operaría a través de los aparatos ideológicos de Estado. El propio hecho que una universidad sea o no definida jurídicamente como pública o privada no le define su posición al interior del campo cultural en que existe. Su relación con el Estado es siempre una relación de múltiples mediaciones, entre las cuales no es la menos importante la tradición institucional y, más decisivamente, sus recursos organizativos propios para controlar el acceso del personal académico, de los estudiantes y de sus propios administradores en todos los niveles de la burocracia universitaria.

El desarrollo del marxismo académico en la universidad brasileña, en pleno tiempo del autoritarismo en ese país es, por ejemplo, un interesante fenómeno que, probablemente, no encuentra explicación satisfactoria alguna en el marco de una concepción estrecha del modo de funcionamiento de los aparatos ideológicos "de Estado". Más bien, la explicación cabría buscarla por el lado de la autonomía del campo cultural y, en particular, del campo intelectual al interior del cual un complejo juego de instituciones y circuitos de transmisión de ideologías y de prestigios hace posible el surgimiento de formas específicas de disonancia ideológica, aún dentro de un régimen político autoritario¹⁷.

Sobre todo en relación a los intelectuales cabe precaverse de los viejos presupuestos deterministas, que desembocan generalmente en puntos muertos: el intelectual como funcionario de una clase social; el intelectual racionalizador de intereses políticos; el intelectual "orgánico" del proletariado, etc. Tampoco sirve volver atrás desde esos puntos muertos para situar al intelectual en el difuso mundo de la pequeña burguesía o en

el más ambiguo limbo todavía de las posiciones intersticiales que aseguran una libre flotación por entremedio de las clases sociales.

En verdad, lo que ocurre es que el intelectual ocupa posiciones bien determinadas dentro del campo cultural y ejerce funciones bien precisas en relación a las clases y grupos sociales, amén de ejercer sus específicas estrategias de poder y mercado según veremos en seguida.

El intelectual no accede a una metaocupación como alguien ha sostenido, sino que integra un cierto bloque ocupacional relativamente acotable, según condiciones históricas específicas. Lo cual vale, con grados de complejidad probablemente crecientes, por igual para el académico, el artista y el sacerdote. Es decir, las funciones intelectuales tienen una clara inserción en la división del trabajo y se constituyen invariablemente dentro de una estructura de empleos que nada tienen de intersticiales. Otra cosa es que el intelectual acceda a posiciones que, por decirlo así, se hallan sobredeterminadas por una específica división del trabajo cultural, de donde es posible, a veces, usar un concepto más amplio de intelectuales (como en la noción de trabajador intelectual versus trabajador manual; a lo cual canónicamente se contrapondrá la tesis gramsciana de que "todos los hombres son filósofos", sin agregar, sin embargo, que sólo algunos ejercen y son reconocidos como tales); o uno más restringido, reservado a aquella parte del trabajo intelectual que tiene que ver directamente con el campo cultural y su funcionamiento (donde reencontramos al filósofo que ejerce y es reconocido como tal, pero no necesariamente al hombre de sentido común filosófico).

La función esencialmente comunicativa del intelectual introduce asimismo confusiones a granel. En efecto, las funciones comunicativas son coextensivas con el lenguaje, y no con una clase cualquiera, de donde se supone a veces que el intelectual estaría situado por encima de las clases sociales. O bien se percibe, y se lo hace correctamente, que el intelectual es especialmente activo en la comunicación entre las clases y grupos sociales, a partir de lo cual se tiende a generar el espejismo de su posición flotante e intersticial. Pero, bajo cualquiera de las imágenes anteriores, se elude el hecho principal, cual es que el intelectual tiene una función comunicativa a partir de un cierto capital cultural y escolar, bajo cuya forma se manifiesta justa-

mente una relación de clases en el campo cultural. La incorporación y la apropiación de ese capital, de algunas clases de ese capital según señala Bourdieu, es la incorporación y apropiación de un capital de clase simultáneamente. A través de él se accede no a una lengua, en el sentido de las competencias lingüísticas de Chomsky, sino a un lenguaje que es aprendido siempre por referencia a y en una situación de habla específica. Ese lenguaje socialmente contextualizado es el que constituye esquemas de pensamiento, de apreciación y de acción y es a través de él que el intelectual se vuelve tributario de su "origen social". Lo cual no significa afirmar, sin embargo, que el origen social del intelectual tenga un carácter determinante para su inserción en el campo cultural específico dentro del cual desempeña su función, puesto que aquí, otra vez, su origen es convertido en opción, esta vez en relación a las oportunidades de discernimiento ideológico disponibles. La conversión, en el sentido de San Pablo, es por eso mismo casi una matriz de comportamiento en el mundo cultural de los intelectuales, como lo testimonia una larga historia de compromisos y autocríticas. Edgar Morin es uno de los que más recientemente ha dado testimonio de este fenómeno específico del campo cultural¹⁸, propiedad inseparable de la autonomía de ese campo.

NOTAS AL CAPITULO VI

- 1 Al respecto pueden consultarse G. Cucullu, "El Estereotipo del Intelectual Latinoamericano: Su relación con los cambios económicos y sociales", en J. Marsal (ed.), *El Intelectual Latinoamericano*, Editorial del Instituto, 1970, especialmente cuadro en p. 97 sobre origen social de los escritores argentinos; J. Marsal, "Los ensayistas sociopolíticos de Argentina y México", en J. Marsal (ed.), *op. cit.*, pp. 129-156; H. Godoy, *El oficio de las Letras*, Editorial Universitaria, 1970, especialmente pp. 26-45 sobre la situación de los escritores chilenos en la estructura social; E.C. Ladd y S.M. Lipset, *The Divided Academy*, McGraw Hill, 1975, especialmente capítulo 8.
- 2 Nos guíamos aquí por Bourdieu. Véase, por ejemplo, P. Bourdieu, *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge University Press, 1977. Hay versión resumida en castellano: "E.T. Fani, "La educación como violencia simbólica: Bourdieu y Passeron", *Sociología de la Educación*, Centro de Estudios Educativos, 1981.
- 3 P. Bourdieu, "Les trois etats du capital culturel", *Actes de la Recherche*, núm. 30, noviembre, 1979, p. 6.
- 4 Véase, A. Gramsci, *La Formación de los Intelectuales*, Editorial Grijalbo, 1967.
- 5 Pueden consultarse los diversos trabajos referidos a la universidad latinoamericana surgidos del proyecto *Desarrollo y Educación en América Latina y el Caribe*, de UNESCO, CEPAL y PNUD. Para un tratamiento particularmente agudo del tema, véase A.O. Hirschman, *Exit, Voice and Loyalty*, Harvard University Press, 1970, especialmente capítulos 4 y 5.
- 6 Por ejemplo, B. Simón, *Education and the Labour Movement 1870-1920*, Lawrence & Wishart, 1974.
- 7 La tesis ha sido sostenida, casi textualmente, por R. Debray en *Le Pouvoir Intellectuel en France*, Editions Ramsay, 1979.
- 8 Véase G. Briones, *Las Universidades chilenas en el Modelo de Economía Neo-Liberal: 1973-1981*; PIIE, Santiago de Chile, 1981.
- 9 Véase P. Bourdieu, "Les trois etats du capital culturel", *op. cit.*
- 10 La noción apropiación/transmisión de clase del capital cultural es elaborada por P. Bourdieu y J.C. Passeron, *La Reproducción*. Editorial Laia, 1977. Véase, además, J. Nun, "El otro reduccionismo". Varios autores, *América Latina: Ideología y Cultura*, FLACSO, Costa Rica, 1982.
- 11 Véase P. Bourdieu, *La Distinction*, Les Editions de Minuit, 1979.
- 12 Sobre esto, véase por ejemplo G. Komrad y Y. Szelényi, *La Marche au Pouvoir des Intellectuels*, Editions du Seuil, 1979.

13. Véase R.B. Dobson, "Social Status and Inequality of Access to Higher Education in the URSS"; en J. Karabel y A.H. Halsey (eds.), **Power and Ideology in Education**, Oxford University Press, 1977; también B. Williamson, **Education, Social Structure and Development**, The Macmillan Press, 1979, especialmente capítulos 2, 4 y 6.
14. R. Debray, **Le Pouvoir Intellectuel en France**, op. cit. Véase también el Capítulo IV del presente libro para una discusión de las ideas de Debray.
15. R. Boudon, **La Logique du Social**, Hachette, 1979, pp. 77-82.
16. F. Mulhern, "Teachers, Writers, Celebrities. Intelligentsias and their histories" **New Left Review**, march-april, 1981.
17. L. Martins Rodrigues, **Ciencias Sociais, Universidade e Intelectuais do Brasil**, documento presentado al seminario sobre Intelectuales, Universidad y Sociedad organizado por FLACSO en Santiago de Chile, 17 al 19 de mayo, 1982.
18. E. Morin, **Autocrítica**. Editorial Kairos, 1976.